



Análisis contextual de un sitio arqueológico postcontacto en el Valle de Quíbor¹

Yadira Rodríguez

Introducción

En los últimos años se ha incrementado el interés en el estudio de las primeras formas de contacto entre aborígenes americanos y europeos. Muchos investigadores han centrado su análisis antropológico e histórico en el estudio del encuentro entre estos grupos humanos y, cómo puede observarse, la interacción producida entre ambos a través del registro arqueológico (Cusick 1998; Deagan 1998).

La interacción entre grupos culturalmente distintos puede generar cambios políticos, económicos, sociales, culturales e inclusive biológicos, trayendo como resultado la aparición, desaparición y fusión gradual de elementos, originando así la inserción y adaptación de los grupos (tanto europeos como aborígenes) al nuevo entorno social donde se producen tales cambios. Cusick (1998) señala, a este respecto, que el contacto cultural representa un *continuum* de relaciones sociales, humanas y geográficas que involucran a grupos culturalmente distintos y que inducen al cambio y adaptación. Este cambio da lugar al surgimiento de una nueva configuración cultural: las comunidades campesinas (Arvelo 2002; Arvelo y Ruetter 2000b).

La manifestación cultural de este proceso de cambio puede verse evidenciada a partir de los restos de material arqueológico pertenecientes al período postcontacto. La aparición de estos materiales en un contexto específico puede reflejar una secuencia cronológica que abarque el momento de transición para el surgimiento de las comunidades campesinas.

¹ Agradezco la realización de este artículo al Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas y en especial a la Dra. Lilliam Arvelo del laboratorio de Arqueología del Centro de Antropología por su apoyo, impulso y confianza, a la Prof. Kay Tarble y a los arbitros anónimos por sus excelentes comentarios que me permitieron mejorar la presentación de mis ideas.

Antecedentes

Nuestra área de estudio se ubica en el Valle de Quíbor (Edo. Lara) en el noroccidente de Venezuela (figura 1). Esta área ha sido una de las más estudiadas del país desde el punto de vista arqueológico. Muchos investigadores (Arvelo 1995, 2000, 2001a, 2001b, 2002; Cruixent y Rouse 1961; Molina y Monsalve 1985; Sanoja y Vargas 1974, 1992) se han preocupado por ahondar en la arqueología del Valle de Quíbor. Bajo diferentes enfoques teóricos, estos investigadores han tratado de inferir los procesos evolutivos de los grupos humanos que han habitado el valle a través del tiempo.

En esta larga tradición de estudios en esta área, se le ha dado más énfasis al período precontacto que a los posteriores como los de contacto y postcontacto. Sin embargo, Arvelo (1995, 2000, 2002), trabajó con una secuencia histórica del Valle de Quíbor más larga que abarca desde la presencia de grupos Tocuyanoides (alrededor del primer milenio A.C.) hasta la conformación del moderno estado nacional. Debido a que en esta investigación partimos de estos estudios, nos parece pertinente discutir algunos aspectos de su trabajo.

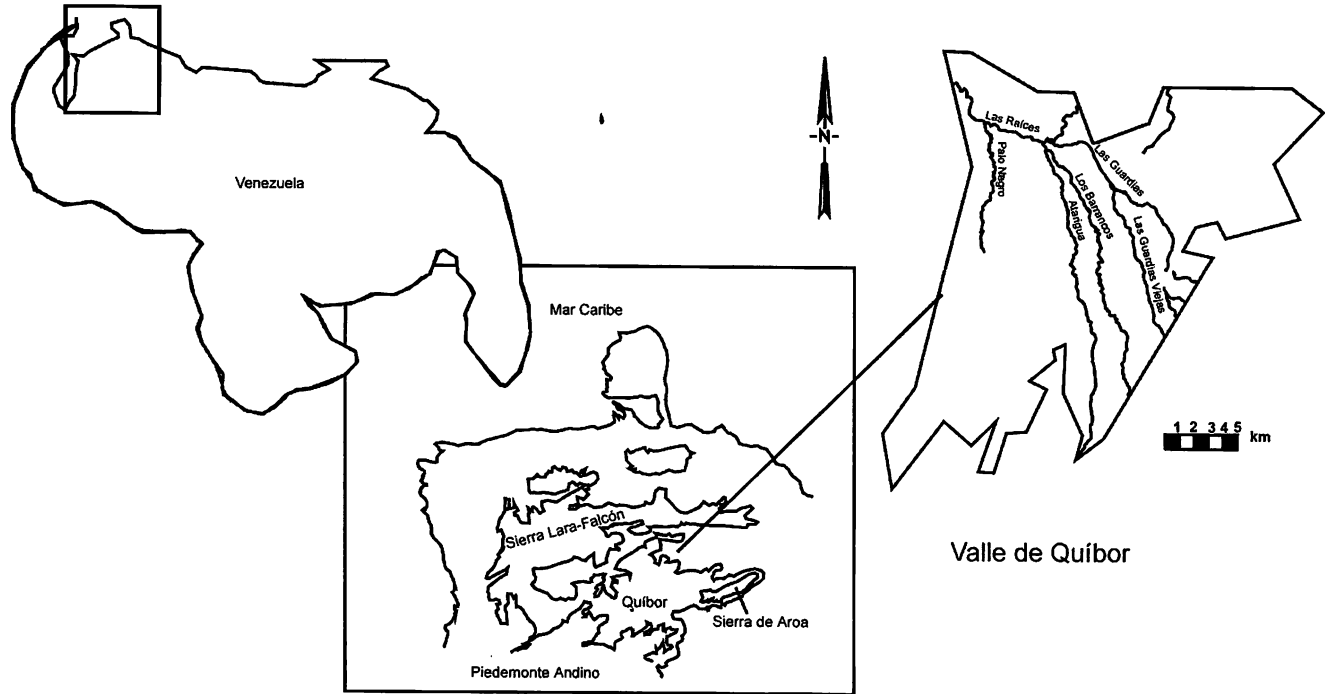
Esta investigadora centró su estudio en la evolución de los sistemas y patrones de asentamiento del Valle de Quíbor, con la finalidad de comprender los procesos de cambios políticos, sociales, económicos y culturales desde el período precontacto hasta el período postcontacto. Para ello utilizó como evidencia la composición y estructura de los sitios arqueológicos identificados, rasgos de cultura material y el registro etnohistórico, lo cual le ayudó a inferir cambios en el uso del espacio (Arvelo 1995, 2000 y 2003; Arvelo et al. 1994). Con base en esto propuso la siguiente periodización: Período Prehispánico (400 A.C.-1700 D.C.), Período de Contacto (siglo XVI y XVII) y Período Postcontacto (siglo XVIII al XX) (Arvelo 1995, 2000).

A partir de estos estudios se ha elaborado un nuevo conjunto de hipótesis que pretenden explicar cómo surgieron nuevas formas culturales, uno de cuyos productos finales son las comunidades rurales actuales (Arvelo 2000, 2002; Arvelo y Ruetter 2000b).

Nuestro trabajo intenta enfocar desde un punto de vista arqueológico el proceso de cambio cultural en el sitio LJ114 del Valle de Quíbor²; por lo tanto pretendemos, a partir del material arqueológico y su ubicación espacio-temporal, poner a prueba la hipótesis propuesta por Arvelo sobre la reutilización de los sitios de asentamiento de los grupos Tierroides, por grupos rurales o campesinos que surgieron a partir de la entrada al país de

² Las siglas del sitio LJ114 son un nomenclador utilizado para la numeración secuencial de los sitios arqueológicos del Estado Lara. La letra L significa Estado Lara, la letra J significa Municipio Jiménez y el número 114 corresponde a la numeración del sitio.

Figura 1



Europeos y africanos. Esto produjo quizás un mestizaje, donde distintos elementos locales y foráneos se fusionaron, dando origen a una nueva configuración cultural.

Dentro de este marco de referencia general nos interesó indagar acerca de las posibles ocupaciones del sitio LJ114 del Valle de Quíbor a partir de un análisis de contexto, tomando en consideración la identificación de la cultura material presente en el sitio y su disposición espacial. La finalidad de este estudio es establecer si existió algún tipo de organización espacial interna a través de la identificación de áreas de actividad, y el establecimiento de cambios en el uso del espacio a través del tiempo. Para esto delimitamos tres objetivos: 1.- Observar la variabilidad temporal de la cultura material a partir de su descripción formal, 2.- Distinguir la distribución espacial de los materiales y establecer posibles áreas de actividad y 3.- Identificar espacial y temporalmente las posibles ocupaciones humanas dentro del sitio arqueológico.

Aspectos históricos sobre la continuidad de las actividades económicas en el Valle de Quíbor

El contacto cultural ocurrido hace más de 500 años entre europeos e indígenas tuvo varios matices; es decir, no se trató de un solo encuentro y de una sola forma de proceder por parte de los conquistadores (Cusick 1998; Deagan 1998). La variedad de matices derivó de la procedencia de los europeos y de sus rivalidades en el control de nuevos territorios; en el noroccidente, la ascendencia germana de algunos colonizadores y sus rencillas con los acompañantes ibéricos también tuvo incidencia en su manera de actuar, creando mecanismos que aseguraran el control económico y social necesario para su establecimiento (Fournier 1998).

Aunque algunos autores suponen que el régimen de encomiendas generó la ruptura en la estructura laboral aborigen (Sanoja y Vargas 1992), podemos ver que muchas de las actividades económicas aún se continuaban desarrollando hasta siglos posteriores al contacto, cubriendo las necesidades de los grupos europeos asentados en el Valle de Quíbor. Entre algunas de estas actividades estuvieron: la explotación de sal de tierra, el hilado, la alfarería y las labores agrícolas (Arvelo 2001a; Avellán de Tamayo 1997; Cey 1994; Rosas 1998; Troconis de Veracochea 1984).

La explotación de sal de tierra en el Valle de Quíbor aparentemente se mantuvo hasta entrado el siglo XVIII, cuando las rutas hacia el mar fueron establecidas (Arvelo 2001b; López 2001; Urbani y Salazar 1996). Los sitios donde posiblemente se realizaba esta actividad están asociados a los sitios monticulares, y a la cerámica del estilo Guadalupe de la Subtradición Tierroide (Arvelo 2003a). La función de ciertas formas de las vasijas de este estilo parece haber estado asociada al proceso de producción (López 2001).

Los grupos aborígenes también continuaron con la producción de cerámica, aun con el establecimiento de los europeos. Sin embargo, se ha planteado la hipótesis de cambios en la manufactura de la cerámica como producto de su introducción al sistema mercantilista colonial europeo y posteriormente al capitalista, encontrando actualmente vasijas similares a las indígenas, las cuales son destinadas al mercado turístico de la región (Arvelo 2000; Baltodano 1985; Palma 1986; Panigada 1986).

La actividad textil que existía antes de la llegada de los españoles (Fernández de Oviedo 1979), y que se intensificó luego del arribo de éstos al continente americano, constituyó un impulso a la economía de la región durante los siglos XVI y XVII. Esta industria se aprovechó del conocimiento que tenían los grupos aborígenes, quienes se convirtieron en mano de obra, logrando así un mayor rendimiento en la producción de tejidos (Pfister 1995; Rosas 1998; Troconis de Veracoechea 1984: 92-94).

Algunas labores agrícolas empezaron a intensificarse, ya que los productos de la tierra constituyeron parte de la base económica de las comunidades asentadas en la región del Valle de Quíbor, durante y a partir del siglo XVI (Troconis de Veracoechea 1984). Entre los principales cultivos indígenas estaban una gran variedad de granos como el maíz y la caraota, y entre los cultivos introducidos estaba el trigo, la caña de azúcar y la cebolla entre otros (Vila 1980). Estas actividades económicas que continuaron realizándose aun después del contacto, son sin duda una prueba tanto de la continuidad en las labores que venían realizándose antes de la llegada de los europeos al nuevo continente, como de la inserción de nuevos cultivos.

Los grupos indígenas también conservaron muchos elementos de organización socio-política, adaptación ecológica, actividades rituales y mitológicas, los cuales fueron aspectos importantes en el pasado pre-colonial. La identidad cultural indígena que emergió durante y después del colapso demográfico, se configuró de manera divergente desde las formaciones sociedades precontacto (Hill 1996).

Son los procesos de transformación, inserción y adaptación al nuevo orden sociopolítico que tuvieron los grupos aborígenes habitantes del Valle de Quíbor, conocidos arqueológicamente como Tierroides (Arvelo 2000, 2001b, 2003), lo que queremos analizar desde una perspectiva arqueológica. Nuestro interés es conocer las particularidades de estos procesos a una escala menor (nivel de comunidad o de unidad doméstica) y cómo pueden interpretarse a partir de la evidencia arqueológica.

Contexto geográfico

El Valle de Quíbor, con un área de 400 ha, está ubicado en el noroccidente de Venezuela, a unos 30 km al oeste de la ciudad de Barquisimeto, en el Edo. Lara (figura 1). El clima es semiárido, con baja nubosidad, y precipitación

anual de aproximadamente 500 mm. Las lluvias son escasas y ocurren entre los meses de abril a junio y entre octubre y noviembre. En los últimos 50 años el caudal de los ríos que atraviesan este valle ha disminuido considerablemente, lo cual ha ocasionado graves consecuencias ecológicas, como cambios climáticos y la desaparición de gran parte de la fauna silvestre (Arvelo et al. 1994).

En la actualidad la vegetación que encontramos en esta área es de tipo xerófilo con predominio de cocuizas (*Furcraea humboldtiana*), vera (*Zigophilum*) y cardón de dato (*Lemnecereus griseus*) propios de los climas desérticos. A pesar de esto, los suelos de esta región son bastante fértiles, constituyendo así una importante área agrícola, sustentada en la explotación de los acuíferos subterráneos y en sistemas de riego. Esto ha permitido la agricultura intensiva, en los monocultivos de la cebolla (*Allium cepa L.*) y el pimentón (*Capsicum annum*) (Arvelo et al. 1994). Las actividades agrícolas constituyen una de las principales causas de alteración del paisaje, al igual que la construcción de la Represa Yacambú-Quíbor.

Metodología de campo y descripción del material arqueológico

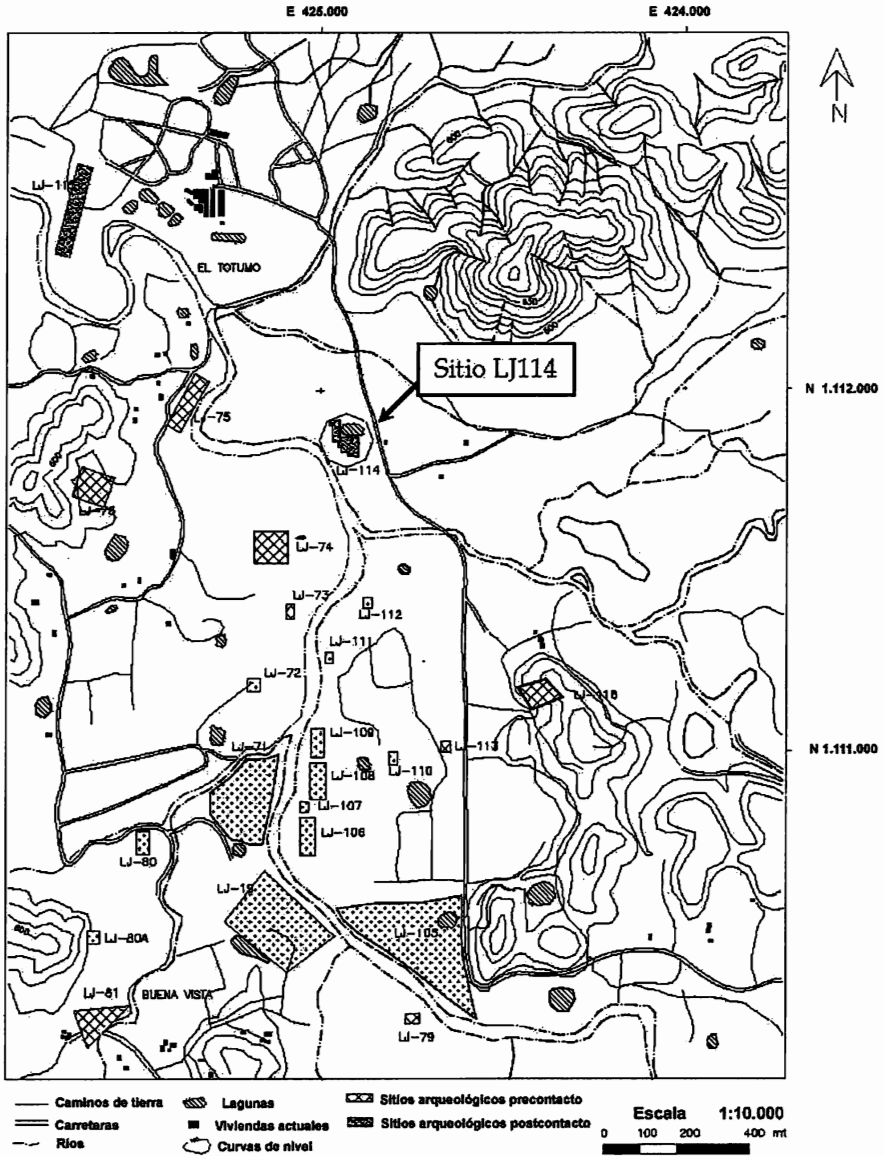
Como consecuencia de la construcción de la represa, se origina el Proyecto de Arqueología de Rescate Yacambú-Quíbor, dirigido por la Dra. Lilliam Arvelo del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas conjuntamente con el Museo Arqueológico de Quíbor y el Sistema Hidráulico Yacambú-Quíbor (SHYQ). Durante las actividades de rescate, se localizaron 312 sitios arqueológicos, uno de los cuales es el LJ114, ubicado al noroeste del pueblo de Guadalupe en el Valle de Quíbor. Este sitio tiene un área de 150 x 80 m (figura 2), y presentó una buena preservación contextual, por lo que se decidió hacer una intervención arqueológica sistemática.

En la intervención se utilizaron dos estrategias: la primera fue un pozo de prueba de 1 x 1 m, con una profundidad de 10 cm, observando que la capa cultural sólo tenía entre 5 y 10 cm de profundidad. La segunda estrategia fue la realización de recolecciones superficiales intensivas y extensivas del material arqueológico. Esta se hizo por cuadrículas de recolección de 6x6 m, a partir del seccionamiento total del área del sitio donde se recogió toda la evidencia material.

Los elementos culturales identificados en el sitio fueron: cerámica hecha a mano, semiporcelana, lítica, vidrio, metal, cemento y conglomerados de arcilla, los cuales presentaban concentraciones discretas en superficie. Igualmente se recolectaron fragmentos de fauna vertebrada e invertebrada.

Para nuestro análisis de laboratorio se consideraron tres variables: espacio (ubicación del material arqueológico dentro del sitio inter e intra-cuadrículas a nivel superficial), tiempo (ubicación cronológica de los materiales) y cultura material (identificación de elementos culturales por materia prima). Los conjuntos de cultura material identificados fueron los siguientes:

Figura 2



Cerámica hecha a mano (no industrial)

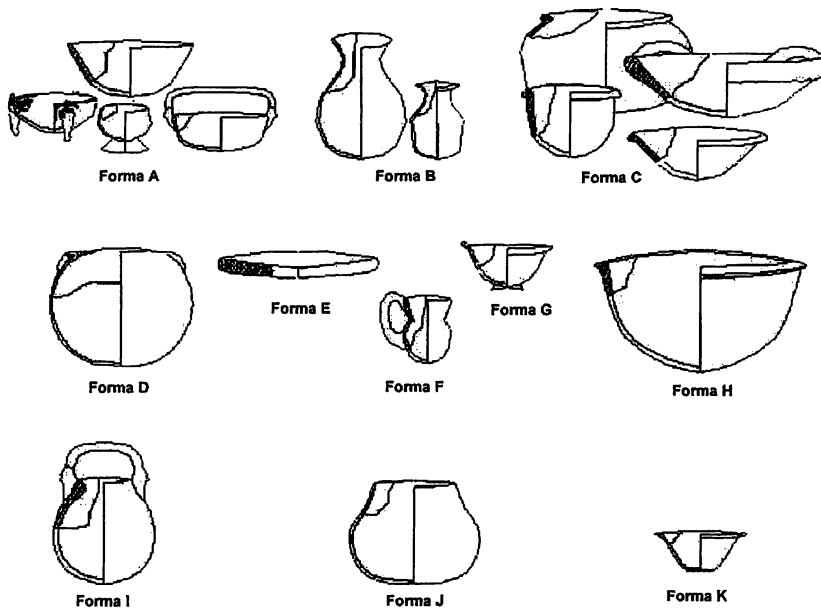
A partir de los fragmentos diagnósticos pertenecientes a este conjunto de cultura material pudimos identificar formas de vasijas pertenecientes a dos grupos: el grupo de formas que conforman la alfarería de la subtradición Tierroide (Estilo Guadalupe) y el grupo de formas que pertenecen a la alfarería criolla.

1. Grupo de formas que conforman la alfarería de la subtradición Tierroide-estilo Guadalupe (figura 3):

El estilo Guadalupe de la subtradición Tierroide se caracteriza principalmente por la alta proporción de vasijas (entre 70 y 80%) con labio exterior engrosado y baja proporción (entre 0 y 11%) de decoración pintada policroma.

Este grupo está conformado por la forma A (vasija con borde simple evertido, invertido o simple) con desgrasante de grava de río, tanto decorada como no decorada; forma B (vasija con cuello y borde evertido) y forma C (vasijas y ollas con labio exterior engrosado). Debido a la baja proporción de decoración que presentaron los fragmentos de bordes y a la alta proporción de formas de vasijas con labio exterior engrosado, podemos decir que pertenecen al estilo Guadalupe de la subtradición Tierroide (Arvelo 1995).

Figura 3



2. Grupo de formas que pertenecen a la alfarería Criolla: dentro de este grupo encontramos las siguientes formas: A (vasija con borde simple evertido, invertido o simple) con desgrasante de cuarzo molido, forma D (olla globular con falsa asa), E (budare), F (jarra con asa), G (vasija con labio evertido plano) y H (olla globular con labio evertido) (figura 3).

Las formas: I (olla con asa), J (olla con cuello restringido) y K (vasija con labio evertido plano), no han sido reportadas para ninguno de los dos grupos cerámicos anteriores (figura 3).

Podemos decir que la cerámica del estilo Guadalupe se distingue claramente del grupo de la alfarería Criolla, principalmente por las tres dimensiones que tomamos en consideración para nuestra clasificación (desgrasante, forma y decoración). Si bien la alfarería Criolla presenta innovación en formas y desgrasantes, no podemos decir que esta sustituyó a la del estilo Guadalupe, ya que como se señala en los trabajos de Baltodano (1985), Palma (1986) y Panigada (1986), algunas formas parecidas a las del estilo Guadalupe aún se continúan manufacturando para el mercado turístico en los pueblos de El Patriota, El Vigiadero, Sanare y Quíbor.

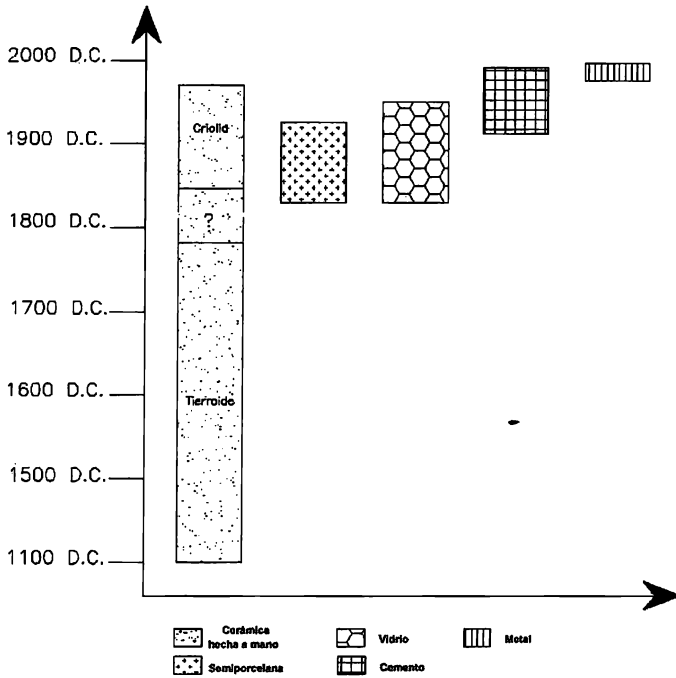
Creemos que no podemos descartar la posibilidad de simultaneidad cronológica en la fabricación de estas dos alfarerías, ya que la cerámica asociada al estilo Guadalupe se produjo hasta el siglo XVIII (Arvelo 2000). Sin embargo, la forma A asociada al estilo Guadalupe podría ser una forma transicional debido a la evidente disminución y casi desaparición de decoración pintada, pero en la que se observa la permanencia de elementos asociados a otros nuevos, que posiblemente se fusionaron en un gran grupo cerámico (alfarería Criolla). Puede especularse acerca de la fusión de técnicas locales y foráneas, al introducirse el torno y la utilización de materias primas nativas así como la incorporación de formas europeas (forma F, figura 3) y la prolongación de algunas formas (forma A, figura 3).

En conclusión, podemos manejar la hipótesis de "continuidad" en la elaboración de la cerámica hecha a mano, ya que si bien fueron introducidos nuevos elementos producto de la entrada y establecimiento de los europeos en América, que originaron fusión e integración cultural, también permanecieron elementos indígenas que les ha permitido a los habitantes actuales del Valle de Quíbor establecer nexo cultural con los grupos aborígenes que habitaron esa región antes de la llegada de los europeos.

Para la cerámica hecha a mano se tienen fechas absolutas y relativas. Las fechas absolutas fueron obtenidas del análisis de C14, de muestras recogidas en sitios monticulares, las cuales están asociadas a la cerámica del estilo Guadalupe (subtradición Tierroide). Estas fechas absolutas oscilan entre los 1482 ± 46 D.C. y 1790 ± 90 D.C. (Arvelo 1987, 1995, 2000; Sanoja y Vargas 1992), lo cual nos indica que la subtradición Tierroide se extendió hasta finales del siglo XVIII aproximadamente (figura 4).

Con respecto a la cerámica Criolla, sabemos que se empezó a elaborar en el período postcontacto, ya que se encuentra asociada al material cultural importado que se describe posteriormente, lo cual nos permite ubicarla aproximadamente entre el siglo XVIII hasta finales del siglo XX.

Figura 4



Lítica

A partir del conjunto de material lítico pudimos identificar varios tipos de materia prima (chert, rocas areniscas, rocas calcitas y limonitas), provenientes probablemente de la Formación Barquisimeto (Urbani 2002, comunicación personal). Estas materias primas están asociadas a dos tipos de artefactos: los trabajados y los no trabajados. Entre los artefactos trabajados tenemos artefactos percutidos (lascas, algunas preformas, posibles fragmentos de cinceles, un fragmento de hacha pulido, una raedera y un fragmento de un pendiente elaborado en roca limonita) (figura 5); y artefactos no percutidos (núcleos donde se evidencia actividad de desgaste como metates, amoladores de cuchillos y manos de moler) (figura 6).

Figura 5

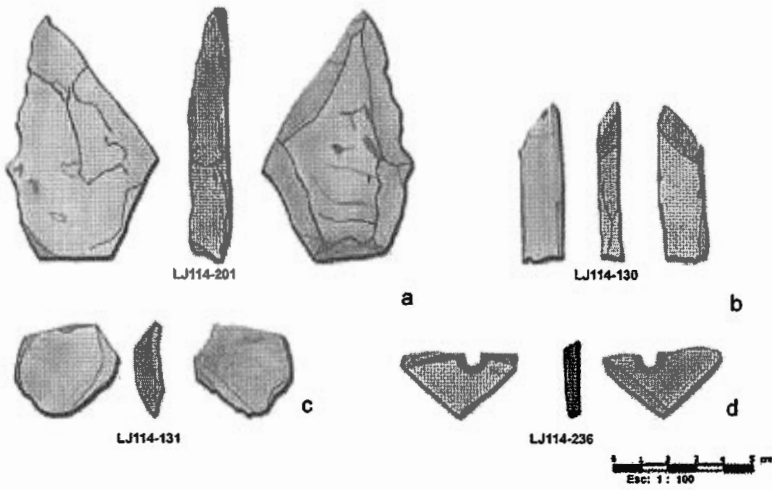
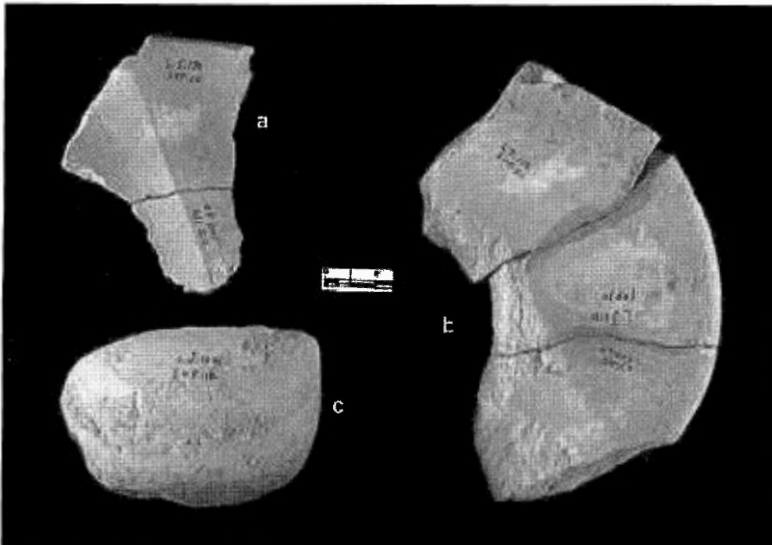


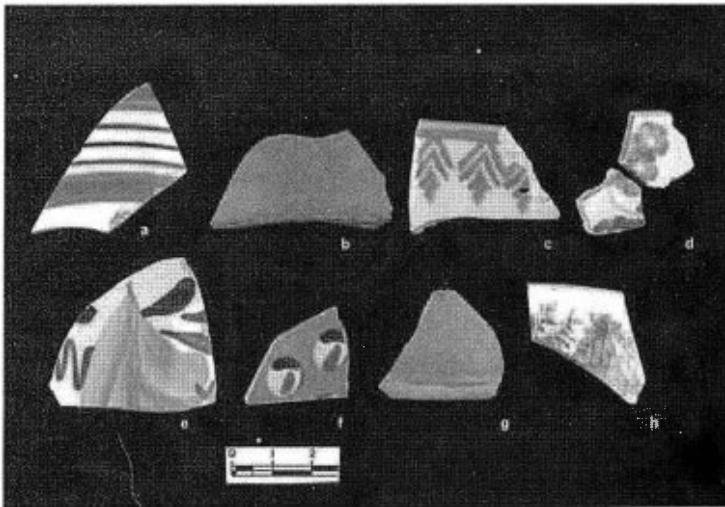
Figura 6



Semiporcelana

Los fragmentos de semiporcelana que se encontraron en el sitio están asociados a los siguientes tipos: *medicine jar* los cuales se pueden ubicar cronológicamente en el siglo XIX, con bandas y líneas; *stoneware*, *gaudy dutch*, estencil, *transfer print* y esponjeado, todos ellos ubicados cronológicamente en la segunda mitad del siglo XIX (Deagan 1997) (figura 7).

Figura 7



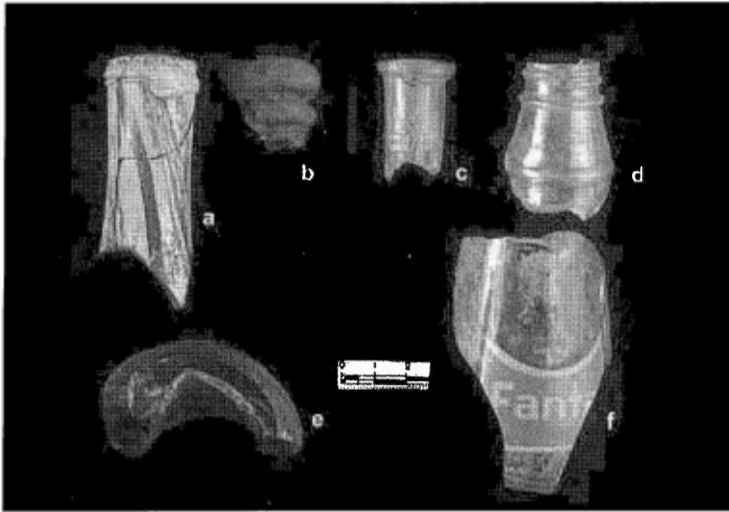
Vidrio

A partir de la identificación de los fragmentos diagnósticos de este tipo de material, obtuvimos tres clases de botellas, agrupando aquéllas que tenían una función original similar. Estas clases fueron: a) botellas contenedoras de bebidas alcohólicas, asociadas a los tipos *Kedelfies* y *Typical Dutch Glass*, pertenecientes al siglo XIX, de licor y de cerveza del siglo XX; b) botellas contenedoras de bebidas no alcohólicas o bebidas “suaves” (de refrescos pertenecientes al siglo XX) (Haviser 1998); y c) botellas de esencias (frascos de perfumes o fragancias que se ubican en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX) (figura 8).

Metal

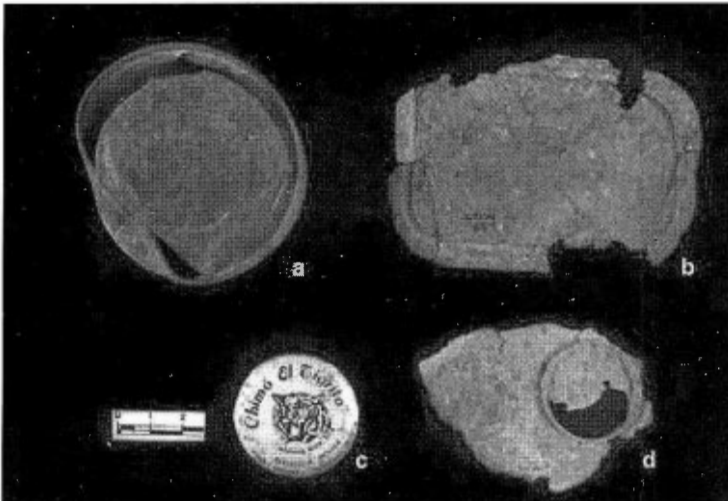
Este conjunto de cultura material está compuesto por fragmentos correspondientes a latas contenedoras de alimentos y sustancias estimulantes

Figura 8



(chimó-tabaco molido), un fragmento de dedal y otro de proyectil (figura 9). Este grupo se ubicó cronológicamente en el siglo XX.

Figura 9



Otros tipos de material encontrado y evidencias asociadas al sitio

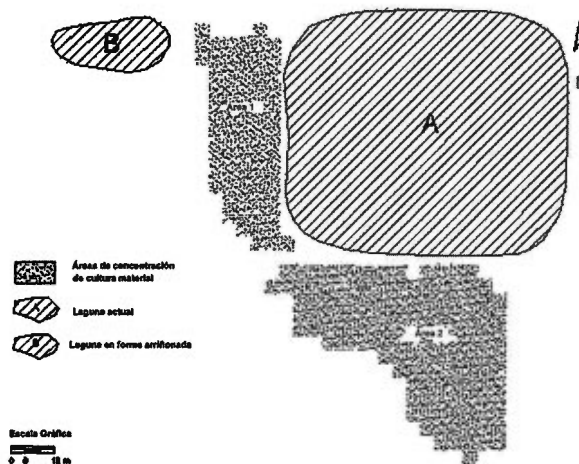
Dentro del sitio se encontraron concentraciones discretas de conglomerados de arcilla y cemento. Igualmente se halló una cuenta fabricada en concha de forma discoidal, correspondiente a lo que se conoce como “olicores” (Vargas et al, 1997), y las cuales eran elaboradas por grupos prehispánicos.

Las evidencias que también fueron relevantes para el análisis intrasitio fueron un camino interno, dos lagunas, una actual elaborada con maquinaria (figura 10 a), y otra en forma arriñonada, como la reportada en Sicarigua por Molina y Monsalve (1985) (figura 10 b). Igualmente se observó en el área sur de la laguna una coloración oscura en el suelo (tierra pisada), cuya dimensión fue de 4x2 m.

Áreas de concentración de cultura material del sitio LJ114

La construcción y análisis de los planos de distribución realizados para cada uno de los conjuntos de cultura material, de acuerdo a la presencia y ausencia de material arqueológico y la ubicación espacial de las evidencias mencionadas anteriormente, nos permitieron diferenciar dos áreas importantes de concentración dentro del sitio LJ114; el área 1 ubicada al noroeste y el área 2 ubicada al sur del sitio (figura 10).

Figura 10



Los fragmentos de cultura material tardíos como la cerámica Criolla, la semiporcelana y el vidrio, se encontraron concentrados principalmente en el área 2 del sitio LJ114. A pesar de que la cerámica identificada como estilo Guadalupe se distribuye en todo el sitio, podemos decir que en el área 1 se encontró asociada a la laguna en forma arriñonada y al “olicor”, lo cual podría representar una posible ocupación diferenciada. Igualmente los fragmentos de cemento se ubicaron en el área 1 (noroeste) del sitio. Estas agrupaciones espaciales nos permitieron distinguir al menos tres ocupaciones temporalmente distintas dentro de esta área.

Posibles ocupaciones del sitio LJ114

En base de lo expuesto hasta ahora, es posible definir tres ocupaciones cronológicamente diferentes, que nos permiten establecer la secuencia histórico/cultural del sitio en estudio.

La primera de ellas representa una ocupación temprana, evidenciada por la presencia de fragmentos de cerámica hecha a mano asociados a la alfarería del estilo Guadalupe (períodos precontacto y contacto) y los cuales se encuentran distribuidos por todo el sitio. La segunda ocupación, cuya cronología aproximada está entre el siglo XIX y principios del XX, está evidenciada por la presencia de fragmentos de cerámica Criolla, semiporcelana, vidrio y bahareque, ubicada en el área 2 (sur de LJ114). Finalmente, la tercera ocupación está evidenciada por la presencia del material más tardío en la secuencia cronológica del sitio, compuesto por los fragmentos de cemento y metal, la cual se ubicó en el área 1.

Para cada una de estas ocupaciones temporales, se realizó una interpretación espacial de los materiales, observando sus asociaciones contextuales para poder inferir posibles áreas de actividad correspondientes a cada ocupación.

Primera ocupación

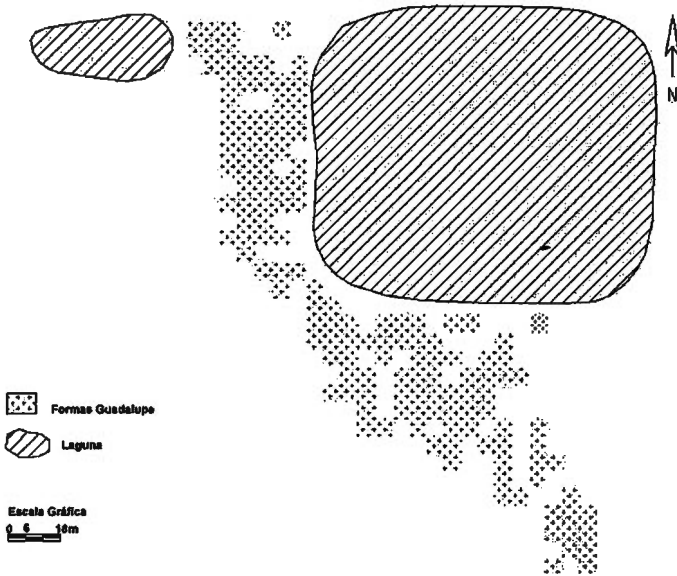
En esta primera ocupación nos resultó difícil tener asociaciones contextuales para inferir áreas de actividad; sin embargo, pudimos presumir una posible área de actividad asociada a la laguna con forma arriñonada, la cual sería contemporánea con el material Guadalupe.

Observamos en el plano de distribución (figura 11) que el material identificado como Guadalupe (el más temprano de nuestra cronología) se encuentra disperso por todo el sitio, lo cual indica el uso del espacio por los grupos relacionados con la manufactura de este estilo, constituyendo un sitio de asentamiento indígena, el cual asociado a la laguna de forma arriñonada al noroeste podría permitirnos inferir una forma de aprovechamiento de los recursos de agua en época de sequía (Arvelo 2000; Molina y Monsalve 1985).

Es posible que las lascas se asocien a esta ocupación más temprana; no obstante, su distribución espacial (disperso por todo el sitio) no permite inferir

áreas de actividad diferenciadas, patrón que comparten con el resto de los artefactos percutidos. A pesar de esto, sí es posible inferir la realización de trabajos relacionados con la manufactura de artefactos líticos. Tal como ya señalamos, asumimos que esta ocupación es indígena y muy probablemente prehispánica, y por lo tanto, relacionada con la cronología del estilo Guadalupe de la subtradición Tierroide, la cual va desde los 1100 años d.C. según la cronología propuesta por Arvelo (1995).

Figura 11

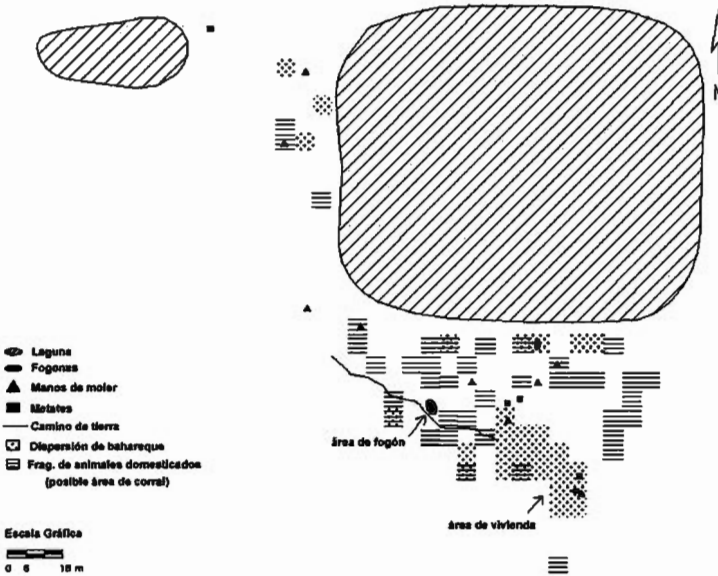


Segunda ocupación

La segunda ocupación se ubica temporalmente entre los siglos XIX y XX, y se distribuye en el área 2 de nuestro sitio (sector sur). En esta área encontramos las mayores proporciones de cerámica Criolla, vidrio y semiporcelana, asociada a una gran proporción de fragmentos de bahareque, que podrían indicar la presencia de una vivienda, con posible techo de paja o de algún otro material perecedero, dada la ausencia de tejas. Asimismo, en esta área se encuentra la coloración oscura en el suelo, de forma alargada, que mencionamos dentro de las evidencias (figura 12). Pensamos que este rasgo superficial puede relacionarse con un piso de habitación.

Esta área de coloración oscura está asociada a dos fogones (figura 12), ubicados cada uno de ellos a 4 y 26 mts aproximadamente del área más oscura anteriormente reseñada. Estos fogones están constituidos por rocas alineadas y restos de cenizas, usados posiblemente para la cocción de alimentos o la fabricación de cocuy (Arvelo 2001a). Finalmente, asociados a

Figura 12



estos dos conjuntos de evidencias, se encontraron algunos artefactos asociados como manos, metates y posibles afiladores de cuchillos. Este conjunto de evidencia nos permite identificar un área de actividad doméstica.

La semiporcelana encontrada en este sitio se corresponde con los tipos que se fabricaban en el siglo XIX. Estos fragmentos, en comparación con la cerámica hecha a mano, no representan un alto porcentaje, y es por esto que creemos que no reemplazó la utilización de la cerámica hecha a mano; quizás esta semiporcelana era usada con otros fines domésticos y no el de la cocción, función cubierta por las vasijas de cerámica hecha a mano.

El vidrio asociado a este contexto corresponde principalmente a botellas de licor y de esencias, observando una total ausencia de fragmentos de vidrio asociados con otros tipos de artefactos elaborados con esta materia prima, tales como vasos, adornos, lámparas, etc. En esta área se encontró concentrada la mayor proporción de fragmentos óseos de mamíferos

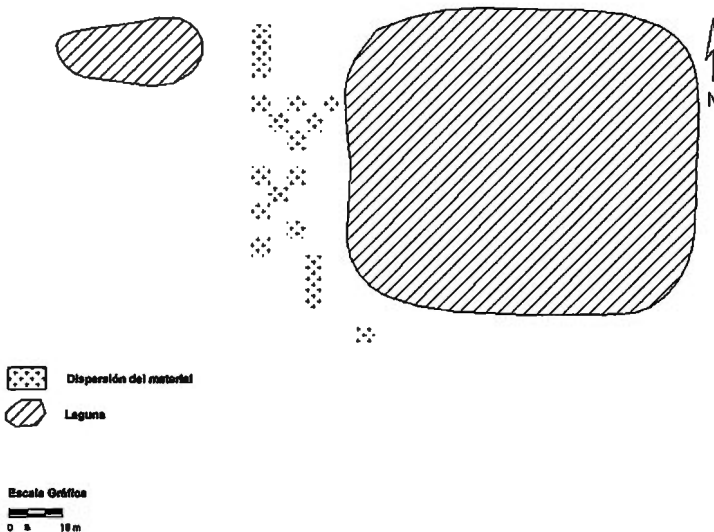
domesticados tales como chivo y conejo, ambos introducidos a la zona por los europeos, y utilizados posiblemente como alimento para el sustento de los ocupantes de esta área. De igual forma, se encontraron restos óseos correspondientes a burros o caballos, los cuales pudieron haber sido usados como transporte humano y de carga. La mayoría de los pobladores del Valle de Quíbor entre el siglo XVIII hasta probablemente la primera mitad del siglo XX poseían ganado mular y caballar, siendo este rubro uno de los más importantes de la región para esos siglos (Troconis de Veracochea 1984).

En síntesis, observamos que en esta ocupación se pueden inferir tres posibles áreas de actividad: una correspondiente al sitio de vivienda, una de fogón destinada a la cocción de alimentos, fabricación de cocuy o cocción de vasijas de cerámica y una posible área de corral evidenciada por la concentración de fragmentos óseos de animales domesticados. Proponemos que estas tres áreas están relacionadas entre sí y corresponden a algunas de las actividades realizadas por los ocupantes del área 2 de nuestro sitio de estudio.

Tercera ocupación

La tercera ocupación cronológica es la más tardía (siglo XX) y se ubica en el área 1 de nuestro sitio. La cultura material encontrada allí corresponde principalmente a restos de cemento, metal y vidrio. Los fragmentos de

Figura 13



cemento (figura 13) pudieron haber correspondido a una estructura construida de dicho material, pero no sabemos qué tipo, ya que las proporciones son muy bajas. Esta cultura material puede estar asociada cronológicamente a la construcción de la laguna de mayor tamaño, ya que este tipo de lagunas se construyó a partir de la década de 1950, cuando se introduce el monocultivo de la cebolla en el Valle de Quíbor (Arvelo 2000).

Hipótesis generadas a partir de las posibles ocupaciones del sitio LJ114

A partir de las tres ocupaciones que pudimos inferir anteriormente, podemos trazar una secuencia ocupacional que va aproximadamente desde el año 1100 d.C. hasta la actualidad (Arvelo 1995). Sin embargo, es de notar que existe un vacío de información con respecto al material europeo temprano (siglos XVI al XIX), lo cual nos permite formular tres hipótesis:

1. El sitio no tuvo presencia de grupos europeos durante los primeros siglos después del contacto.

2. El sitio se mantuvo con la misma ocupación indígena que tenía antes del contacto europeo, sin tener acceso a bienes importados por ausencia de relaciones inter-étnicas o de intercambio comercial.

3. El sitio fue abandonado en el momento del contacto por los grupos humanos que estaban asentados allí, y volvió a ser reocupado a partir del siglo XIX, por grupos originados de esa nueva configuración cultural que denominamos “comunidades rurales” (siguiendo a Arvelo 2000).

Conclusiones

El establecimiento de distintas ocupaciones temporales en el sitio LJ114, como resultado del análisis de las evidencias arqueológicas, nos permitió inferir parcialmente la dinámica del proceso de cambios generados a partir del contacto con los europeos, lo cual formaría parte de la transición de las sociedades indígenas hacia la conformación de las comunidades rurales.

En este sentido concordamos con aquellas investigaciones que proponen una continuidad histórica, y plantean al mismo tiempo que algunos elementos culturales indígenas han sobrevivido a través del tiempo, insertados dentro de un nuevo escenario, originado a partir de la fusión de elementos culturales de distinta procedencia.

Asimismo, destacamos el proceso de cambio, al analizar las evidencias arqueológicas encontradas en el sitio LJ114 del Valle de Quíbor, partiendo de las continuidades y discontinuidades encontradas en la cultura material, y contrastándolas con el conocimiento histórico del área, lo cual nos ayudó a darle sentido a nuestros datos.

A partir de la variabilidad cultural, temporal y la ubicación espacial de los materiales arqueológicos, distinguimos las discontinuidades dentro de la secuencia histórica del sitio LJ114, permitiéndonos así dilucidar el proceso de cambio antes mencionado. La inserción de nuevos elementos culturales (europeos), dentro de las sociedades indígenas existentes en América al momento del contacto, originó el surgimiento de una nueva configuración cultural, como resultado de la fusión de elementos de distinta procedencia.

Este análisis intrasitio nos ha permitido documentar arqueológicamente el proceso de cambio cultural, a partir de las evidencias culturales y la distribución de éstas dentro del sitio. Hemos inferido al menos tres ocupaciones temporalmente distintas, determinadas por la cronología de los materiales arqueológicos, los cuales a pesar de encontrarse en la superficie, nos indican diferentes momentos de ocupación.

En este sentido, los cambios no deben ser entendidos como rupturas, sino como parte de procesos dinámicos en los que varios elementos se conjugan y dan paso a nuevas configuraciones culturales. Es así, como la entrada de distintos grupos culturales (europeos, africanos) a América, dio como resultado el surgimiento del mestizaje, donde se observa una gran diversidad cultural, pero sin dejar a un lado la matriz indígena de donde provenimos.

Esperamos que los resultados de esta investigación, como parte del Proyecto de Arqueología de Rescate del Sistema Hidráulico Yacambú-Quíbor, contribuya a mejorar nuestra percepción de los procesos de formación de sitios arqueológicos, lo cual es sólo una parte del gran proceso dinámico de relaciones humanas.

Resumen

Dentro del análisis regional realizado por Arvelo en el Valle de Quíbor, Estado Lara, (Arvelo 2000, 2002), se han identificado diferentes tipos de ocupaciones a lo largo de la secuencia cronológica que abarca los períodos de contacto y postcontacto. En este trabajo presentamos un estudio intrasitio en el yacimiento LJ114 del Valle de Quíbor, donde se realiza un análisis de contexto, tomando en consideración la identificación de la cultura material presente en el sitio y la distribución de esta en el espacio. Este estudio permitió observar la organización interna del sitio arqueológico, distinguiendo tres ocupaciones temporalmente distintas y sus posibles áreas de actividad.

Abstract

In her regional survey of the Quibor Valley, Lara State, Arvelo (2000, 2002), identified different types of occupations corresponding to pre-Hispanic and post-contact periods. In this paper we present the results of a contextual analysis of the material culture recovered at one of the sites documented in this survey: LJ114. The analysis revealed spatial patterns that allowed us to differentiate domestic activity areas corresponding to at least three different temporal occupations at the site.

Centro de Antropología
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
Apartado 21827, Caracas 1020-A, Venezuela
E-mail: yrodrigu@ivic.ve
